

Querid@s amig@s colaboradores y cooperantes
en la lucha por un mundo mejor:

HOMENAJE AL ABUELO DE LOS PIES DESCALZOS



Don Víctor Castellanos, indígena, nacido en 1923 en Chinautla, Guatemala, a 15 kilómetros de la capital, hace unos días que, raudo y veloz, totalmente "ligero de equipaje", como Antonio Machado, con los pies descalzos como había vivido toda su vida, emprendió el vuelo a la otra orilla de vida para entrar en la plenitud definitiva del Reino de Dios. De niño trabajó cuidando, vacas, caballos y gallinas. Sus padres le buscaron por esposa (algo parecido al "sí de las niñas lo daban los padres", de Leandro F. de Moratín) a María Gabriela García, ambos muy jóvenes. Ella dice que "siempre me respetó, trabajó para mantener a la familia y cumplió como buen esposo". Tuvieron 9 hijos. Después se pasó decenas de años yendo a trabajar a la capital en toda clase de trabajos para sacar adelante su familia. Treinta kilómetros, andando, siempre descalzo, ida y vuelta, todos los días.

Vivían, como los más pobres de los pobres, al lado mismo del río Chinautla en una champita (chabola) donde no se debe construir porque es peligroso. Y efectivamente, una gran tormenta se llevó por delante la champita. Uno de los recuerdos más vivos es que cuando la tormenta destruyó su casa, "me encontraba enfermo de salud, y debajo de las lluvias y enfermo agarré de la mano a mi señora, a mis nietos, los reuní porque algunos de los papás de los niños no estaban, y me los llevé a un lugar seguro lejos del río".

A él y a otras decenas de familias, afectadas por la misma tormenta, el Ayuntamiento les cedió un terreno sobre un basurero abandonado, y allí con la ayuda de Vida y Paz, todas ellas construyeron sus nuevas campitas de láminas. Es el asentamiento ahora conocido con el nombre de La Ponderosa, donde recientemente se desarrolló el proyecto de agua.

Pasábamos casi a diario por su "casa". De pocas palabras, siempre nos ofrecía su mano al llegar y su esposa un beso (los indígenas besan solo a un lado de la cara). Cuando les pedimos permiso para hacerles la foto, él asintió con una sonrisa y levantó el sombrero. Desde el primer día los saludábamos como los abuelos del poblado. Al final ya todos conocían su casa como la casa de los abuelos.

Con esta breve semblanza de Don Víctor, queremos reconocer su vida de lucha, de esfuerzo, de sacrificio, de compromiso, de fidelidad a su esposa y a su familia, así como denunciar la espantosa injusticia de que los terratenientes de Guatemala tengan fincas de miles de hectáreas dedicadas a café o madera, y cientos de miles de indígenas, expulsados de esas mismas fincas, carezcan de un puñado de tierra para poder, ya no solo vivir, sino donde poder construir algo de casa, lejos de los cauces de los ríos, de las peligrosas faldas muy pendientes de las montañas o lugares de muy difícil acceso.

Desde aquí un abrazo muy cordial para Don Víctor, que recibirá desde la plenitud definitiva, para su esposa Doña Gabriela, para sus hijos e hijas y sus nietos.-Faustino